

CONCURSO DE DIBUJO INFANTIL

Cuentos para soñar y pensar: Charles Perrault
para niños

SELECCIÓN DE TEXTOS

- ▶ **Riquete el del Copete**
- ▶ **Los deseos ridículos**
- ▶ **Cenicienta**
- ▶ **Las hadas**
- ▶ **El gato con botas**
- ▶ **Piel de Asno**
- ▶ **La bella durmiente del bosque**

Riquete el del Copete

Cierta reina tuvo un hijo tan feo que durante mucho tiempo se dudó si había algo de humano en su forma. Una Hada que estaba presente cuando nació, aseguró que sería amable porque tendría mucho talento, añadiendo que en virtud del don que acababa de hacerle podría dotar de cuanto ingenio quisiera a la persona a quien más amara.

Esto consoló un poco a la pobre reina, muy afligida por ser madre de un niño tan horroroso. En cuanto comenzó a hablar dijo cosas muy agradables, y tanta era su gracia en todo que no había quien no deseara oírle y verle. Olvidé mencionar que nació con un mechoncito en la cabeza, a lo que se debió que se le conociera por Riquete el del Copete, porque Riquete era el nombre de la familia.

Al cabo de siete u ocho años, la reina de un país vecino tuvo dos hijas gemelas. La que nació primero era más hermosa que el lucero, y tanta fue la alegría de la reina que se temió que enfermara de gozo. La misma Hada que había asistido al nacimiento de Riquete el del Copete asistió al de la princesa, y para moderar el júbilo a la madre le dijo que la princesa no tendría talento y sería tan tonta como bella. Esto mortificó mucho a la reina, pero poco después aumentó su pena porque la segunda hija que vino al mundo era por todo extremo fea.

—No os aflijáis, le dijo la Hada, pues vuestra hija tendrá otras cualidades, ya que le falta la belleza; y tanto será su talento que nadie advertirá que no sea hermosa.

—Dios lo quiera, contestó la reina. Pero, decidme, ¿no habría medio de que tuviese algo de talento la mayor, que es tan bella?

—Nada puedo hacer por ella, por lo que al talento se refiere, contestó la Hada, pero todo me es posible respecto a la belleza; y como estoy dispuesta a todo por complacerte, le concedo el don de poder transformar en un ser hermoso a la persona a quien quiera hacer tal gracia.

A medida que las dos princesas crecieron, sus perfecciones aumentaban y sólo se hablaba de la belleza de la mayor y del talento de la menor. Verdad es que sus defectos tomaron mayores proporciones con la edad, pues la una era cada vez más fea y más tonta la otra. O dejaba sin respuesta las preguntas que se le hacían o contestaba una necedad; y era

tan torpe que no podía tocar un objeto sin romperlo ni beber un vaso de agua sin derramar la mitad sobre sus vestidos.

Aunque la belleza sea una gran cualidad para una joven, preciso es confesar que la otra llevaba en todo la ventaja a su hermana. Primero iban los cortesanos al lado de la más hermosa por verla y admirarla, pero luego se acercaban a la que tenía más ingenio para oírle decir mil cosas agradables; de suerte que a los quince minutos la mayor estaba completamente sola y todo el mundo rodeaba a la menor. La primera, aunque muy tonta, no dejó de observar lo que pasaba, y sin sentimiento hubiera dado toda su belleza por tener la mitad del talento que su hermana. La reina, a pesar de ser muy prudente, la reprendió varias veces por sus necedades, reproches que mataban de pena a la pobre princesa.

Un día que se retiró a un bosque para llorar su desgracia, vio dirigirse a donde estaba a un hombre bajo de estatura, muy feo y de aspecto desagradable, pero vestido con mucha magnificencia. Era el joven príncipe Riquete el del Copete, que se había enamorado de ella a la vista de los retratos de la princesa, que se encontraban en todas partes, y había abandonado el reino de su padre para proporcionarse la dicha de verla y hablarle. Lleno de contento al hallarla sola, se aproximó a ella con todo el respeto y finura imaginables. Se dio cuenta, después de haberla saludado, que estaba dominada por la melancolía. Le dijo:

—No comprendo, señora, cómo es posible que una persona tan bella como usted pueda estar tan triste como parece que lo está; pues si bien he visto muchas mujeres hermosas, su belleza ni siquiera logra compararse a la suya.

Eso lo dices porque sí, contestó la princesa, sin añadir otra palabra.

—La belleza —continuó Riquete el del Copete—, es un don tan precioso que debe suplir los demás; y no acierto a comprender que haya cosa que pueda afligir cuando se posee la hermosura.

—Preferiría —dijo la princesa—, ser tan fea como usted y tener talento, a estar dotada de belleza y ser tan tonta como soy.

—La señal más segura de que se tiene talento es creer que de él se carece, pues con él sucede que cuanto más extraordinario es, mayor es la convicción de que no lo tiene el que de él está dotado.

—Ignoro si es exacto lo que dice —replicó la princesa—, pero lo que sé es que soy muy tonta, y esto explica la pena que me mata.

—Si sólo eso le apesadumbra —dijo Riquete el del Copete—, puedo poner término a su pena.

—¿De qué manera? —preguntó la princesa.

—Porque puedo conceder el don del talento a la persona que más ame, y como es usted, señora, esta persona, de usted depende el tener talento, a condición de casarse conmigo.

La princesa se quedó en la mayor confusión sin saber qué contestar.

—Observe —le dijo Riquete el del Copete—, que mi proposición le disgusta, y como no me sorprende, le concedo un año completo para resolver.

Era tan tonta la princesa como grande su deseo de dejar de serlo, y temiendo que nunca llegase el término de aquel año que de plazo se le concedía, aceptó la proposición que se le hacía. En cuanto prometió a Riquete el del Copete casarse con él al cabo de un año, día por día, se sintió completamente transformada y con increíble facilidad para expresar sus ideas con delicadeza, naturalidad y finura. Comenzó por tener una conversación muy sostenida con Riquete el del Copete, que creyó haber concedido más talento que para él se había reservado.

Cuando estuvo de regreso en palacio, grande fue la sorpresa de la corte entera, que no sabía cómo explicarse un cambio tan repentino y extraordinario, pues si antes decía necedades, ahora discurría con inteligencia y mucha gracia. La alegría fue grande, y el rey comenzó a guiarse por lo que le decía su hija, hasta tal punto que algunas veces el consejo se reunió en sus habitaciones. La noticia de la transformación circuló con rapidez y todos los jóvenes príncipes de los reinos vecinos intentaron enamorarla y casi todos la pidieron en matrimonio, pero no halló uno que tuviera bastante talento; y si bien los escuchaba a todos, con ninguno se comprometía. Pero, un día, se presentó uno tan poderoso, tan rico, tan inteligente y tan humano, que no pudo dominar cierta inclinación por él. Su padre lo notó y le dijo que podía elegir con libertad a un esposo, y que no tenía más que hacer sino decir el nombre del preferido; pero como las personas de talento son las que más vacilantes se muestran en esta cuestión, después de haber dado las gracias a su padre, le pidió tiempo para reflexionar.

Por casualidad fue cierto día a pasear por el mismo bosque donde había encontrado a Riquete el del Copete, y al dirigirse a aquel punto solitario tuvo el propósito de

reflexionar cuidadosamente lo que debía hacer. Mientras estaba paseando completamente sumida en sus pensamientos, oyó debajo de sus pies un ruido sordo, como producido por varias personas que van, vienen y trabajan. Habiendo escuchado con más atención oyó que decían:

—Trae esa marmita.

—Dame aquella caldera.

—Pon leña en el fuego.

La tierra se abrió en aquel instante y vio a sus pies una especie de cocina muy grande poblada de cocineros, marmitones¹ y toda la gente necesaria para preparar un magnífico festín. Apareció una banda compuesta de veinte o treinta cocineros, y todos ellos, la mechera en la mano, fueron a un claro del bosque, se situaron alrededor de una larguísima mesa y comenzaron a trabajar a compás y al son de un canto armonioso.

Admirada de este espectáculo, la princesa les preguntó para quién trabajaban, y el que parecía ser jefe de los cocineros, le contestó:

—Trabajamos para el príncipe Riquete el del Copete, cuyas bodas se celebran mañana.

En aumento fue su sorpresa al oír la respuesta, pues recordó de pronto que hacía un año, día por día, que había prometido casarse con el príncipe Riquete el del Copete; y tal fue la impresión que le produjo la noticia, que poco faltó para que se quedara petrificada. El no acordarse de lo prometido se debía a que cuando hizo la promesa era una tonta, y al sentirse dotada del ingenio que el príncipe le había concedido, había olvidado todas sus necesidades.

Apenas hubo dado treinta pasos continuando su paseo, cuando se le presentó Riquete el del Copete, bien compuesto y con magnificencia vestido, como conviene a un príncipe que va a casarse.

—Cumpló mi palabra con exactitud —le dijo—, y tengo la seguridad de que ha venido aquí para cumplir su palabra y hacerme el más dichoso de los hombres al concederme su mano.

—Le contestaré con franqueza —murmuró ella—, que aún no he tomado una resolución sobre el particular y que me parece que nunca podré tomarla como lo desea.

¹Hombre que hace los más humildes oficios en la cocina.

—Sus palabras me sorprenden, señora —le dijo Riquete el del Copete.

—No me extraña —repitió la princesa—, y si la persona con quien estoy hablando fuera un hombre brusco, un necio, me hallaría en situación muy embarazosa. Una princesa no puede faltar a su palabra, me diría, y usted debe casarse conmigo puesto que me lo ha prometido; pero como usted es el hombre de más ingenio del mundo, tengo la seguridad de que me hará justicia. Sabrá que cuando era una necia, a pesar de serlo no podía decidirme a ser su esposa; ¿cómo es posible que teniendo el ingenio que me ha dado, ingenio que ha hecho más delicado mi gusto por lo que a las personas se refiere, pueda hoy tomar una decisión que entonces no pude tomar? Si está del todo resuelto a casarse conmigo, le diré que no deberá privarme de mi necedad ni darme ingenio para ver las cosas con exquisito criterio.

—Riquete contestó: si cree que un hombre sin talento tendría el derecho de reprocharle su falta de palabra, ¿cómo quiere que de él no me valga tratándose de la felicidad de mi vida entera? ¿Es razonable que las personas dotadas de ingenio sean de peor condición que las necias? ¿Puede sostener tal cosa, usted, dotada de tanto talento y que tanto ha deseado tenerlo? Pasemos al hecho, si no le desagrada. Prescindiendo de mi fealdad, ¿hay algo en mí que le disguste? ¿Está descontenta de mi cuna, de mi ingenio, de mi carácter o de mis maneras?

—No, por cierto —dijo la princesa—, me gusta lo que acaba de decir.

—Siendo así, seré dichoso, porque puede transformarme en el más hermoso de los hombres.

—¿Cómo puedo hacerlo? —preguntó la princesa.

—Será si me ama bastante para desear que sea. Para que no dude de lo que digo, sepa, señora, que la misma Hada que el día de mi nacimiento me concedió el don de poder convertir en persona de talento a la que amara, también a usted le concedió el de poder dotar de hermosura al que ame y quiera conceder tal favor.

—Si es así —exclamó la princesa—, deseo de todo mi corazón que se convierta en el hombre más bello y simpático. En todo lo que de mí dependa, le concedo el don.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando Riquete el del Copete se transformó en el príncipe más hermoso y simpático el mundo. Hay quien dice que no fueron los encantos de la Hada los que operaron la metamorfosis, y afirma que al amor se

debió; añadiendo que habiendo reflexionado la princesa sobre la perseverancia de su novio, su discreción y buenas cualidades de su alma, no vio la deformidad del cuerpo ni la fealdad del rostro; que su joroba le pareció efecto natural de la actitud que imprime al cuerpo el hombre que se da importancia, y que en su cojera sólo notó un encantador deo en el andar. Dicen también que a pesar de ser bizco se convenció de que sus ojos eran hermosos, y que su defectuoso mirar era efecto de la fuerza con que expresaba su amor; y, por último, que en su nariz gruesa y roja vio algo marcial y heroico.

Sea lo que fuere, la princesa le prometió allí mismo casarse con él mientras obtuviera el consentimiento del rey, su padre, que al saber que su hija quería mucho a Riquete el del Copete, de quien había oído hablar como de un príncipe de extraordinario talento y prudencia, accedió con mucha alegría a la petición que hizo. Al día siguiente se celebró la boda, como había previsto Riquete el del Copete, y con arreglo a las órdenes que había dado con mucha anticipación se verificaron los festejos.

Moraleja

*Puedes decir con certeza
que lo amado es siempre bello,
pues del amor el destello
a todo infunde belleza;
añade que la hermosura
vale mucho, mas no tanto
como el ingenio; el encanto
más precioso y que más dura.*

Los deseos ridículos

Había una vez un pobre leñador, tan cansado de su vida que, según se cuenta, ya no tenía mucho ánimo de vivir, porque no sentía compensada su existencia llena de esfuerzo y sacrificio. Cierta día fue al bosque, y como era costumbre en él, comenzó a quejarse de su suerte, cuando se le apareció Júpiter con el rayo en la mano. Grande fue el espanto del leñador, que se arrojó al suelo, y murmuró:

—Nada quiero; nada deseo.

—No temas —le dijo Júpiter—. Tantas son tus quejas que quiero convencerte de su falta de fundamento. No olvides mis palabras: verás realizados tus tres primeros deseos, sea lo que sea que desees. Elige lo que pueda hacerte dichoso y dejarte completamente satisfecho, y como tu felicidad de ti depende, reflexiona bien antes de formular tus deseos.

Pronunciadas estas palabras, Júpiter desapareció; y el leñador, loco de contento, cargó la hacina, que no le pareció pesada, y saltando de alegría, volvió a su casa, diciéndose mientras tanto:

—He de reflexionar mucho antes de tener un deseo. El caso es importante y quiero tomar consejo de mi mujer.

Saltando entró en su cabaña gritando: —Mujercita mía, enciende una buena lumbre y prepara abundante cena pues somos ricos, pero muy ricos; y tanta es nuestra dicha que todos nuestros deseos se verán realizados.

Al oír estas palabras, la leñadora comenzó a hacer castillos en el aire, pero luego dijo a su marido:

—Cuidado con que nuestra impaciencia nos perjudique. Procedamos con calma y después de pensarlo bien, consultándolo antes con la almohada, que es buena consejera.

—Lo mismo opino; pero no perdamos la cena y tráete vino.

Cenaron, bebieron, y sentándose cómodamente junto al fuego, el leñador exclamó, apoyándose con fuerza en el respaldo de su silla:

—¡Ajajá! Con este fuego nos hace falta una vara de salchicha. ¡Cuánto me gustaría tenerla al alcance de mi mano!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, su mujer vio con gran sorpresa una salchicha muy larga, que arrancando de uno de los ángulos de la chimenea se dirigió hacia ella serpenteando. Lanzó un grito de espanto, pero cayendo luego en la cuenta de que la aventura era debida al ridículo deseo formulado por su marido, con él la emprendió agotando los insultos.

—Hubiéramos podido tener oro, perlas, diamantes, vestidos excelentes, y eres tan necio que te se ha ocurrido desear semejante cosa.

—Cállate mujer; reconozco mi falta y procuraré enmendarla.

—A buena hora calzas verdes; hay que ser muy tonto para hacer lo que has hecho.

Tanta fue la insistencia de la mujer, que el buen hombre perdió la calma, y como a pesar de sus súplicas ella no dejaba de reprocharle, exclamó furioso:

—¡Maldita salchicha que te ha desatado la lengua; así te colgara de la nariz para que callaras!

Dicho y hecho, la salchicha quedó colgada de la nariz de la esposa del leñador.

Realizado el deseo, quedose ella muda de asombro y él con la boca abierta y rascándose el cogote. Se quedaron en silencio, hasta que por último la mujer, que había perdido los bríos y no apartaba la mirada de la salchicha, murmuró:

—¿Y bien?

—Sólo falta formular el tercer deseo. Puedo transformarme en rey, pero ¿qué reina vas a ser tú con tres palmos de nariz? Elige, mujer: o reina con esa nariz más larga que una semana sin pan, o leñadora con una nariz como la que tenías.

Mucho discurrieron antes de resolver, pero como su mirada no podía apartarse de la salchicha y a cada gesto se movía como rama a impulsos del huracán, prefirió la leñadora quedarse sin trono y conservar las narices como antes; y formulado el deseo por el leñador, su mujer volvió a quedar como estaba, lo que no fue obstáculo para que se llevase la mano a la cara para convencerse de que la salchicha había desaparecido.

El leñador no cambió de posición, no se convirtió en un gran potentado, no llenó de escudos su bolsa y se sintió muy dichoso empleando el último de los tres deseos en devolver a su esposa las narices que antes tenía.

Moraleja

*¡Cuántos son los que con voces
llenar los cielos y tierra
y sin cesar de sus labios
se desprenden duras quejas!
¡Cuán dichoso yo sería,
van diciendo, si pudiera
hacer esto o bien aquello!
—¡Hazlo!, la suerte contesta,
y en vez de crecer su dicha,
crecen a veces sus penas,
que sólo es dichoso el hombre
que con poco se contenta,
a su suerte se acomoda
y delirios no alimenta.*

Cenicienta

Había una vez un gentilhombre que se casó en segundas nupcias con una mujer, la más altanera y orgullosa que jamás se haya visto. Tenía dos hijas que se le parecían en todo.

El marido, por su lado, tenía una hija, pero de una dulzura y bondad sin par; lo había heredado de su madre que era la mejor persona del mundo.

Justo al realizarse la boda, la madrastra dio libre curso a su mal carácter; no pudo soportar las cualidades de la joven, que hacían aparecer todavía más odiables a sus hijas. La obligó a las más viles tareas de la casa: ella era la que fregaba los pisos y la vajilla, la que limpiaba los cuartos de la señora y de las señoritas sus hijas; dormía en lo más alto de la casa, en una buhardilla, sobre una mísera pallaza², mientras sus hermanas ocupaban habitaciones con parquet, donde tenían camas a la última moda y espejos en que podían mirarse de cuerpo entero.

La pobre muchacha aguantaba todo con paciencia, y no se atrevía a quejarse ante su padre, por miedo a que le reprendiera pues su mujer lo dominaba por completo. Cuando terminaba sus quehaceres, se instalaba en el rincón de la chimenea, sentándose sobre las cenizas, lo que le había merecido un desagradable apodo. La menor, que no era tan mala como la mayor, la llamaba Cenicienta; sin embargo Cenicienta, con sus míseras ropas, no dejaba de ser cien veces más hermosa que sus hermanas que andaban tan ricamente vestidas.

Sucedió que el hijo del rey dio un baile al que invitó a todas las personas distinguidas; nuestras dos señoritas también fueron invitadas, pues tenían mucho nombre en la comarca. Helas aquí muy satisfechas y preocupadas de elegir los trajes y peinados que mejor les sentaran; nuevo trabajo para Cenicienta pues era ella quien planchaba la ropa de sus hermanas y plisaba los adornos de sus vestidos. No se hablaba más que de la forma en que irían trajeadas.

—Yo—dijo la mayor—, me pondré mi vestido de terciopelo rojo y mis adornos de Inglaterra.

²Construcción en piedra con cubierta de paja, destinada en parte a vivienda y en parte al ganado.

—Yo—dijo la menor—, iré con mi falda sencilla; pero en cambio, me pondré mi abrigo con flores de oro y mi prendedor de brillantes, que no pasarán desapercibidos.

Manos expertas se encargaron de armar los peinados de dos pisos y se compraron lunares postizos. Llamaron a Cenicienta para pedirle su opinión, pues tenía buen gusto. Cenicienta las aconsejó lo mejor posible, y se ofreció incluso para arreglarles el peinado, lo que aceptaron. Mientras las peinaba, ellas le decían:

—Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

—Ay, señoritas, se están burlando, eso no es cosa para mí.

—Tienes razón, se reirían bastante si te vieran llena de ceniza entrar al baile.

Otra, les habría arreglado mal los cabellos, pero Cenicienta era buena y las peinó con toda perfección.

Tan contentas estaban que pasaron cerca de dos días sin comer. Más de doce cordones rompieron a fuerza de apretarlos para que el talle se les viera más fino, y se la pasaban delante del espejo.

Finalmente, llegó el día feliz; partieron y Cenicienta las siguió con los ojos y cuando las perdió de vista se puso a llorar. Su madrina, que la vio anegada en lágrimas, le preguntó qué le pasaba.

—Me gustaría... me gustaría...

Lloraba tanto que no pudo terminar. Su madrina, que era un hada, le dijo:

—¿Te gustaría ir al baile, no es cierto?

—¡Ay, sí!—dijo Cenicienta suspirando.

—¡Bueno, te portarás bien!—dijo su madrina—, yo te haré ir.

La llevó a su cuarto y le dijo:

—Ve al jardín y tráeme unacalabaza.

Cenicienta fue en el acto a coger la mejor que encontró y la llevó a su madrina, sin poder adivinar cómo estacalabaza podría hacerla ir al baile. Su madrina la vació y dejándole solamente la cáscara, la tocó con su varita mágica e instantáneamente la calabaza se convirtió en un bello carruaje todo dorado.

En seguida miró dentro de la ratonera donde encontró seis ratas vivas. Le dijo a Cenicienta que levantara un poco la puerta de la trampa, y a cada rata que salía le daba un golpe con la varita, y la rata quedaba automáticamente transformada en un brioso caballo;

lo que hizo un tiro de seis caballos de un hermoso color gris ratón. Como no encontraba con qué hacer a un cochero, Cenicienta dijo:

—Voy a ver si hay algún ratón en la trampa, para hacer un cochero.

—Tienes razón—dijo su madrina—, anda a ver.

Cenicienta le llevó la trampa donde había tres ratones gordos. El hada eligió uno por su imponente barba, y habiéndolo tocado quedó convertido en un cochero gordo con un precioso bigote. En seguida, le dijo a Cenicienta:

—Baja al jardín, encontrarás seis lagartos detrás de la regadera; tráemelos.

Tan pronto los trajo, la madrina los trocó³ en seis lacayos que se subieron en seguida a la parte posterior del carruaje, con sus trajes galoneados, sujetándose a él como si en su vida hubieran hecho otra cosa. El hada dijo entonces a Cenicienta:

—Bueno, aquí tienes para ir al baile, ¿no estás bien provista?

—Es cierto, pero, ¿podré ir así, con estos vestidos tan feos?

Su madrina no hizo más que tocarla con su varita, y al momento sus ropas se cambiaron en magníficos vestidos de paño de oro y plata, todos recamados con pedrerías; luego le dio un par de zapatillas de cristal, las más preciosas del mundo.

Una vez ataviada de este modo, Cenicienta subió al carruaje; pero su madrina le recomendó sobre todo que regresara antes de la medianoche, advirtiéndole que si se quedaba en el baile un minuto más, su carroza volvería a convertirse en calabaza, sus caballos en ratas, sus lacayos en lagartos, y que sus viejos vestidos recuperarían su forma primitiva. Ella prometió a su madrina que saldría del baile antes de la medianoche. Partió, loca de felicidad.

El hijo del rey, a quien le avisaron que acababa de llegar una gran princesa que nadie conocía, corrió a recibirla; le dio la mano al bajar del carruaje y la llevó al salón donde estaban los comensales. Entonces se hizo un gran silencio: el baile cesó y los violines dejaron de tocar, tan absortos estaban todos contemplando la gran belleza de esta desconocida. Sólo se oía un confuso rumor:

—¡Ah, qué hermosa es!

El mismo rey, siendo viejo, no dejaba de mirarla y de decir por lo bajo a la reina que desde hacía mucho tiempo no veía una persona tan bella y graciosa. Todas las damas

³ Convertir.

observaban con atención su peinado y sus vestidos, para tener al día siguiente otros semejantes, siempre que existieran telas igualmente bellas y manos tan diestras para confeccionarlos. El hijo del rey la colocó en el sitio de honor y en seguida la condujo al salón para bailar con ella. Bailó con tanta gracia que fue un motivo más de admiración.

Trajeron exquisitos manjares que el príncipe no probó, ocupado como estaba en observarla. Ella fue a sentarse al lado de sus hermanas y les hizo mil atenciones; compartió con ellas los limones y naranjas que el príncipe le había obsequiado, lo que las sorprendió mucho, pues no la conocían. Charlando así estaban, cuando Cenicienta oyó dar las once tres cuartos; hizo al momento una gran reverenda a los asistentes y se fue a toda prisa.

Apenas hubo llegado, fue a buscar a su madrina y después de darle las gracias, le dijo que desearía mucho ir al baile al día siguiente porque el príncipe se lo había pedido. Cuando le estaba contando a su madrina todo lo que había sucedido en el baile, las dos hermanas golpearon a su puerta; Cenicienta fue a abrir.

—¡Cómo se han tardado en volver! —les dijo bostezando, frotándose los ojos y estirándose como si acabara de despertar; sin embargo no había tenido ganas de dormir desde que se separaron.

—Si hubieras ido al baile—le dijo una de las hermanas—, no te habrías aburrido; asistió la más bella princesa, la más bella que jamás se ha visto; nos hizo mil atenciones, nos dio naranjas y limones.

Cenicienta estaba radiante de alegría. Les preguntó el nombre de esta princesa; pero contestaron que nadie la conocía, que el hijo del rey no se conformaba y que daría todo en el mundo por saber quién era. Cenicienta sonrió y les dijo:

—¿Era entonces muy hermosa? Dios mío, felices ustedes, ¿no podría verla yo? Ay, señorita Javotte, présteme el vestido amarillo que usa todos los días.

—Verdaderamente—dijo la señorita Javotte—, ¡no faltaba más! Prestarle mi vestido a alguien tan fea, tendría que estar loca.

Cenicienta esperaba esta negativa, y se alegró, pues se habría sentido bastante confundida si su hermana hubiese querido prestarle el vestido.

Al día siguiente, las dos hermanas fueron al baile, y Cenicienta también, pero aún más ricamente ataviada que la primera vez. El hijo del rey estuvo constantemente a su lado y diciéndole cosas agradables; nada aburrida estaba la joven damisela y olvidó la

recomendación de su madrina; de modo que oyó tocar la primera campanada de medianoche cuando creía que no eran ni las once. Se levantó y salió corriendo, ligera como una gacela. El príncipe la siguió, pero no pudo alcanzarla; ella había dejado caer una de sus zapatillas de cristal que el príncipe recogió con todo cuidado.

Cenicienta llegó a casa sofocada, sin carroza, sin lacayos, con sus viejos vestidos, pues no le había quedado de toda su magnificencia sino una de sus zapatillas, igual a la que se le había caído.

Preguntaron a los porteros del palacio si habían visto salir a una princesa; dijeron que no habían visto salir a nadie, salvo una muchacha muy mal vestida que tenía más aspecto de aldeana que de señorita.

Cuando sus dos hermanas regresaron del baile, Cenicienta les preguntó si esta vez también se habían divertido y si había ido la hermosa dama. Dijeron que sí, pero que había salido escapada al dar las doce, y tan rápidamente que había dejado caer una de sus zapatillas de cristal, la más bonita del mundo; que el hijo del rey la había recogido dedicándose a contemplarla durante todo el resto del baile, y que sin duda estaba muy enamorado de la bella persona dueña de la zapatilla. Y era verdad, pues a los pocos días el hijo del rey hizo proclamar al son de trompetas que se casaría con la persona cuyo pie se ajustara a la zapatilla.

Empezaron probándola a las princesas, en seguida a las duquesas, y a toda la corte, pero inútilmente. La llevaron donde las dos hermanas, las que hicieron todo lo posible para que su pie cupiera en la zapatilla, pero no pudieron. Cenicienta, que las estaba mirando, y que reconoció su zapatilla, dijo riendo:

—¿Puedo probar si a mí me calza?

Sus hermanas se pusieron a reír y a burlarse de ella. El gentilhombre que probaba la zapatilla, habiendo mirado atentamente a Cenicienta y encontrándola muy linda, dijo que era lo justo, y que él tenía orden de probarla a todas las jóvenes. Hizo sentarse a Cenicienta y acercando la zapatilla a su piecico, vio que encajaba sin esfuerzo y que era hecha a su medida.

Grande fue el asombro de las dos hermanas, pero más grande aun cuando Cenicienta sacó de su bolsillo la otra zapatilla y se la puso. En esto llegó la madrina que,

habiendo tocado con su varita los vestidos de Cenicienta, los volvió más deslumbrantes aún que los anteriores.

Entonces las dos hermanas la reconocieron como la persona que habían visto en el baile. Se arrojaron a sus pies para pedirle perdón por todos los malos tratos que le habían infligido. Cenicienta las hizo levantarse y les dijo, abrazándolas, que las perdonaba de todo corazón y les rogó que siempre la quisieran.

Fue conducida ante el joven príncipe, vestida como estaba. Él la encontró más bella que nunca, y pocos días después se casaron. Cenicienta, que era tan buena como hermosa, hizo llevar a sus hermanas a morar en el palacio y las casó en seguida con dos grandes señores de la corte.

Moraleja

*En la mujer rico tesoro es la belleza,
el placer de admirarla no se acaba jamás;
pero la bondad, la gentileza
la superan y valen mucho más.*

*Es lo que a Cenicienta el hada concedió
a través de enseñanzas y lecciones
tanto que al final a ser reina llegó.*

*Bellas, ya lo sabéis: más que andar bien peinadas
os vale, en el afán de ganar corazones
que como virtudes os concedan las hadas
bondad y gentileza, los más preciados dones.*

Otra moraleja

*Sin duda es de gran conveniencia
nacer con mucha inteligencia,
coraje, alcurnia, buen sentido
y otros talentos parecidos,
que el cielo da con indulgencia;
pero con ellos nada ha de sacar*

*en su avance por las rutas del destino
quien, para hacerlos destacar,
no tenga una madrina o un padrino.*

Las hadas

Cierta viuda tenía dos hijas; la mayor tanto se le parecía en el carácter y el rostro, que quien la veía, a su madre miraba; y una y otra eran tan poco amables y tan orgullosas, que no había manera de vivir con ellas. La menor era el exacto retrato de su padre por su dulzura y honestidad, y cuantos la conocían afirmaban que era una joven hermosísima de alma y de cuerpo. Como cada cual ama a su semejante, con delirio quería la madre a la mayor y era grande su aversión por la otra hija, a quien obligaba a comer en la cocina, condenándola a un trabajo incesante...La pobre criatura tenía que ir dos veces al día en busca de agua a un lugar muy retirado de la casa, regresando con una enorme jarra llena.

Pero un día que la joven estaba en la fuente, se le acercó una pobre mujer rogándole que le diera de beber.

—Con mucho gusto, mi buena madre—le contestó la hermosa joven; levantando la jarra la llenó de agua en el sitio de la fuente donde más cristalina era, y luego la sostuvo para que la vieja bebiera con toda comodidad.

Una vez que la anciana apagó su sed, le dijo:

—Eres tan bella, tan hermosa y tan honesta que quiero hacerte un don: a cada palabra que digas saldrá de tu boca una flor o una piedra preciosa.

La vieja era una hada que había tomado la apariencia de una pobre mujer de aldea por ver hasta dónde llegaba la bondad de la joven.

Cuando la hijallegó a su casa, su madre la regañó porque volvía muy tarde de la fuente.

—Te pido perdón, madre mía —contestó la pobre joven—, por haber tardado tanto tiempo.

Al decir estas palabras, le salieron de la boca dos rosas, dos perlas y dos gruesos diamantes.

—¡Qué veo! —exclamó la madre llena de admiración—. ¡Me parece que te saltan de la boca perlas y diamantes! ¿A qué se debe eso, hija mía?

Fue la primera vez que la llamó hija. La pobre joven le contó candorosamente lo que le había pasado, y mientras hablaba saltaron diamantes en número infinito de sus labios.

—Enviaréa mi otra hija a la fuente—dijo la madre—. Mira lo que sale de la boca de tu hermana cuando habla. ¿No te gustaría poseer el mismo don? Para alcanzarlo no tienes más que ir por agua a la fuente, y cuando una pobre mujer te pida de beber, complácela con mucha amabilidad.

—¡No faltaba más! —exclamó la hija mayor— ¡ir yo a la fuente!

—Quiero que vayas en seguida—ordenó la madre.

A la fuente fue, pero refunfuñando durante todo el camino. Se llevó la más hermosa jarra de plata que había en la casa, y en cuanto llegó a la fuente vio salir del bosque a una dama magníficamente vestida que le pidió de beber. Era la misma hada que se había aparecido a su hermana, pero esta vez se presentaba con las maneras y vestidos de una princesa, por ver hasta dónde llegaba la maldad de la joven.

—¿Acaso he venido aquí—le contestó con rudeza la orgullosa—, para darte de beber? ¿Crearás que para eso he traído una jarra de plata? Aquí está la fuente, si tienes sed, bebe.

La hada le contestó, sin que sus palabras revelaran irritación:

—No eres buena, y puesto que tan poca es tu amabilidad, te concedo un don: a cada palabra que pronuncies saldrá de tu boca una culebra o un galápago.

Al regresar a la casa gritó emocionada su madre en cuanto la vio.

—¿Y bien, hija mía?

—¿Y bien, madre mía? —contestó secamente, mientras saltaban de su boca dos víboras y dos galápagos.

—¡Cielo santo! —exclamó la madre—, tu hermana tiene de ello la culpa y me la pagará.

Dicho esto corrió detrás de la menor para golpearla, y la pobre joven escapó y se fue al bosque próximo donde se refugió. La halló el hijo del rey que volvía de caza, y al verla tan hermosa le preguntó qué hacía sola en tal sitio y por qué lloraba.

—¡Ah, señor —sollozó—, mi madre me ha echado de casa!

El hijo del rey, que vio salir de su boca cinco o seis perlas y otros tantos diamantes, le rogó que le dijera a qué se debía tal maravilla. Le contó la joven su aventura de la fuente. El príncipe se enamoró de ella, y considerando que el don que poseía valía más que la dote que pudiese tener otra mujer, la llevó al palacio de su padre y se casó con ella.

En cuanto a la hermana mayor, tanto se hizo aborrecer que su madre la echó fuera; y después de haber andado mucho la desgraciada sin encontrar quién quisiera recibirla, murió en un rincón del bosque.

Moraleja

*Con diamantes y dinero
mucho se obtiene en verdad,
pero con dulces palabras
aún se obtiene mucho más.*

Otra moraleja

*La honradez, tarde o temprano
alcanza su recompensa,
y con frecuencia se logra
cuando en ella no se piensa.*

El gato con botas

Murió un molinero que tenía tres hijos, y no dejó más bienes que su molino, su borriquillo⁴ y un gato.

Se hicieron las particiones con gran facilidad y ni el escribano ni el procurador, que se hubieran comido tan pobre patrimonio, tuvieron que entender en ellas.

El mayor de los tres hermanos se quedó con el molino.

El mediano fue dueño del borriquillo.

Y el pequeño no tuvo otra herencia que el gato.

El pobre chico se desconsoló al verse con tan pobre patrimonio.

—Mis hermanos —decía— podrán ganarse honradamente la vida trabajando juntos; pero después que me haya comido mi gato y lo poco que me den por su piel, no tendré más remedio que morir de hambre.

El gato que escuchaba estas palabras, se subió de un salto sobre las rodillas de su amo, y acariciándole a su manera, le dijo:

—No te pongas triste, mi amo; cómprame un par de botas y un saco⁵ con cordones, y ya verás cómo no es tan mala la parte de herencia que te ha tocado.

El chico tenía tal confianza en la astucia de su gato y le había visto desplegar tanto ingenio en la caza de pájaros y de ratones que no desesperó de ser por él socorrido en su miseria. Reunió, pues, algún dinero y le compró los objetos que pedía.

El gato se puso inmediatamente las botas, se colgó el saco al cuello, asiendo los cordones con sus patas de delante, y se fue a un monte donde había gran número de conejos.

Colocó de cierto modo el saco al pie de un árbol, puso en su fondo algunas yerbas de tomillo y, haciéndose el muerto, esperó a que algún gazapo⁶, poco instruido en los peligros del mundo, entrase en el saco para regalarse con lo que en él había.

⁴ Burro pequeño.

⁵ Bolsa de tela.

⁶ Conejo.

Pocos momentos hacía que estaba apostado, cuando un conejillo entró corriendo en el saco. El gato tiró de los cordones, cogiéndole dentro, y le dio muerte con la mayor destreza.

Orgullosa de su hazaña, se dirigió al palacio del rey de aquella tierra y pidió hablar con su Majestad.

Lo condujeron a la cámara real y, después de hacer una gran reverencia al monarca, le dijo presentándole el conejo:

—Señor, mi amo el señor de Carabás, tendrá un placer en que se digne a probar su caza y le envía este conejo que ha cogido esta mañana en sus tierras.

—Di a tu amo —respondió el rey—, que lo acepto con mucho gusto y que le doy las gracias.

El gato salió de palacio saltando de alegría y fue a decir a su amo lo que había hecho.

Algunos días después volvió al bosque, armado con sus botas y su saco, y no tardó en apoderarse de un par de perdices.

Inmediatamente fue a presentarlas al rey, como había hecho con el conejo, y el monarca recibió con tanto gusto las dos perdices que mandó a su tesorero que le diera al gato algo para beber.

El gato continuó durante dos o tres meses llevando de tiempo en tiempo al rey una parte de su caza. Pero un día supo que el rey iba a ir a pasear por la orilla del río con su hija, la princesa más hermosa del mundo, y entonces dijo a su amo:

—Si sigues mis consejos, tendrás hecha tu fortuna: ve a bañarte al río, en el sitio que yo te diga, y luego yo haré lo demás.

El hijo del molinero hizo lo que el gato le aconsejaba, aunque no comprendía cuáles podrían ser sus intenciones.

Cuando se estaba bañando llegó el rey a la orilla del río y entonces el gato se puso a gritar con todas sus fuerzas.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡El señor marqués de Carabás se está ahogando!

A este grito el rey asomó la cabeza por la portezuela y, reconociendo al gato que tantas veces le había llevado caza, mandó inmediatamente a sus guardias a que ayudaran al marqués de Carabás.

En tanto que sacaban del río al pobre marqués, el gato se acercó a la carroza y le dijo al rey que mientras su amo se estaba bañando, unos ladrones se habían llevado sus ropas a pesar de haber gritado ¡al ladrón! con todas sus fuerzas.

El rey ordenó de inmediato a los encargados de su guardarropa que fuesen en busca de sus más bellas vestiduras para el señor marqués de Carabás.

Después que estuvo vestido se presentó al rey, quien le recibió con mucho agrado y, como las hermosas ropas que acababan de darle aumentaban mucho su natural belleza, la hija del monarca lo encontró muy de su gusto y le dirigió una mirada tan tierna y cariñosa que dio algo qué pensar a los cortesanos.

El rey invitó al marqués a subir en la carroza y a acompañarle en su paseo, y el gato, lleno de júbilo al ver que empezaban a realizarse sus designios, tomó la delantera.

No tardó en encontrar unos labriegos⁷ que segaban la yerba de un prado y les dijo:

—Buenas gentes, si no dicen al rey que el prado que están segando pertenece al señor marqués de Carabás, serán hechos pedazos tan menudos como las piedras del río.

El rey no dejó de preguntar a los labriegos quién era el dueño de aquellos prados y, temerosos por la amenaza del gato, contestaron a una voz:

—Es el señor marqués de Carabás.

—Tienes unos terrenos magníficos —dijo el rey al hijo del molinero.

—Sí, señor —respondió—. Este prado me da todos los años productos muy abundantes.

El gato, que iba siempre delante, encontró luego unos cavadores y les dijo:

—Buenas gentes, si cuando el rey les pregunte no le contestan que estas tierras son del marqués de Carabás, los harán pedazos tan menudos como las piedras del río.

El rey, que pasó un momento después, quiso saber a quién pertenecían aquellas tierras y preguntó a los cavadores.

—Nuestro amo —respondieron— es el señor de Carabás.

Y el rey felicitó de nuevo al hijo del molinero.

El gato, que iba siempre delante de la carroza, decía lo mismo a toda la gente que encontraba en el camino y el rey se admiró bien pronto de las grandes riquezas del marqués de Carabás.

⁷ Campesinos.

El gato llegó, al fin, a un hermoso castillo cuyo dueño era un ogro, el más rico de la comarca, pues le pertenecían todos los prados y bosques por donde el rey había pasado.

Después de informarse de las cualidades de este ogro, llegó el gato a su residencia y pidió hablarle, diciendo que no había querido pasar por sus dominios sin presentarle sus respetos.

El ogro lo recibió en la forma más cortés en que puede hacerlo un ogro y le hizo reposar.

—Me han asegurado —le dijo el gato— que tienes el don de poder convertirte en el animal que quieras; que puedes, por ejemplo, transformarte en elefante o en león...

—Sí, por cierto —respondió el ogro— y para probarlo me vas a ver convertido en león.

La transformación se verificó instantáneamente, y el gato se espantó tanto al ver un león ante sí que saltó al alero del tejado, no sin alguna dificultad a causa de sus botas, que no servían para andar por las tejas.

Poco después, viendo que el ogro había recobrado su forma original, el gato descendió y le dijo:

—Me han asegurado también, pero no puedo creerlo, que tienes asimismo la facultad de transformarte en animales pequeños; por ejemplo, que puedes tomar la forma de un ratón. Eso me parece imposible.

—¿Imposible? —exclamó el ogro— ¡te convencerás!

Y al mismo tiempo se transformó en un ratón sumamente pequeño y se puso a correr por la sala.

El gato no esperó más y, lanzándose ágilmente sobre él, le clavó las uñas y los dientes y se lo comió.

En tanto, el rey, que al pasar vio el magnífico castillo del ogro, quiso entrar en él.

El gato, que oyó el ruido de la carroza al rodar sobre el puente levadizo, salió corriendo y dijo al rey:

—¡Bienvenido sea su Majestad al castillo de mi noble amo el marqués de Carabás!

—¡Cómo señor marqués! —dijo el rey al hijo del molinero—, ¿es tuyo este castillo? ¡No hay otro tan hermoso en mis estados! ¡Muéstramelo, si quieres!

El marqués presentó el brazo a la joven princesa y, siguiendo al rey, que marchaba delante, entraron en una gran sala, donde encontraron servida una opípara⁸ cena que el ogro había hecho preparar para sus amigos, que aquella noche debían ir a solazarse⁹ al castillo y que no se atrevieron a entrar cuando supieron que el rey estaba allí.

El rey, encantado de las buenas cualidades del marqués y viendo que a su hija no le había sido indiferente, le dijo, después de haber bebido cuatro o cinco copas de un excelente vino:

—Me daría mucho placer, amigo mío, que quisieras ser mi yerno.

El hijo del molinero, haciendo grandes reverencias, aceptó la honrosa proposición del rey y pocos días después dio la mano de esposo a la joven y bella princesa.

El gato fue todo un gran señor y ya no corrió tras los ratones sino por pura diversión.

Moraleja

*En principio parece ventajoso
contar con un legado sustancioso
recibido en heredad por sucesión;
más los jóvenes, en definitiva
obtienen del talento y la inventiva
más provecho que de la posición.*

Otra moraleja

*Si puede el hijo de un molinero
en una princesa suscitar sentimientos
tan vecinos a la adoración,
es porque el vestir con esmero,
ser joven, atrayente y atento
no son ajenos a la seducción.*

⁸ Abundante, vasta.

⁹ Divertirse, recrearse.

Pielde Asno

Érase un rey, el más poderoso de la tierra, tan amable en la paz como terrible en la guerra. Sus vecinos le respetaban y temían y reinaba la mayor tranquilidad en sus Estados, cuya prosperidad nada dejaba que desear, pues con las virtudes de los ciudadanos brillaban las artes, la industria, y el comercio. Su esposa era tan cariñosa y encantadora y tantos atractivos tenía su ingenio, que si el rey era dichoso como soberano, más lo era como marido. Tenían una hija, y como era muy virtuosa y linda, se consolaban de no haber tenido más hijos.

El palacio era muy vasto y magnífico. En todas partes había cortesanos y criados. Las cuadras estaban llenas de arrogantes caballos y de bonitas yeguas cubiertas de hermosos caparzones de oro y bordados; y por cierto no eran los caballos los que atraían las miradas de los que visitaban aquel sitio, sino un señor asno, que en el punto mejor y más vistoso de la cuadra erguía con arrogancia sus largas orejas. Bien merecía la referencia, pues tenía el privilegio de que lo que comía saliese transformado en relucientes escudos de oro, que eran recogidos todas las mañanas al desertar el asno.

Turbó la felicidad de los regios esposos una aguda enfermedad sufrida por la reina, que se fue agravando a pesar de haberse acudido a todos los auxilios de la ciencia y de haber llamado todos a los médicos. Comprendió la enferma que se aproximaba su última hora, y dijo al rey:

—Antes de morir quiero hacerte una súplica. Si cuando haya dejado de existir quieres volver a casarte...

—¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó el rey sollozando.

—Tal es tu propósito en este instante y me lo hace creer el amor que siempre te he inspirado; pero para que la seguridad sea mayor, quiero me jures que no has de volver a casarte a menos de hallar una mujer que me supere en belleza y en prudencia, la única a quien podrás hacer tu esposa.

Con los ojos llenos de lágrimas lo juró el rey, y poco después la reina exhaló en sus brazos el último suspiro, siendo grande la desesperación de su esposo. El dolor trastornó algo su razón, y a los pocos meses dio en mandar comparecer a su presencia a todas las

jóvenes de la corte, después a las de la ciudad y luego a las del campo, diciendo que se casaría con la que fuera más bella que la reina difunta; pero como ninguna podía compararse con ella, todas eran rechazadas. El rey acabó por dar evidentes muestras de locura, y cierto día declaró que la infanta, que realmente era más bella que su madre, sería su esposa. Los cortesanos le hicieron presente que tal boda era imposible porque la infanta era hija suya, pero como es difícil hacer entrar en razón a un loco, el rey vociferó que querían engañarle pues él no tenía hijas.

La pobre princesita, al saber lo que ocurría, se fue llorosa a buscar a su madrina, que era la más poderosa de las hadas, la que exclamó al verla:

—Sé lo que te trae a mi casa. Como tu padre desgraciadamente ha perdido la razón, no conviene que lo contradigas abiertamente. Dile que antes de acceder a ser su esposa quieres un vestido de color del cielo, y no podrá dártelo.

Siguió la princesa el consejo de la Hada, y el rey llamó a todas las modistas y les dijo que las castigaría si no hacían un vestido de color del cielo. Impulsadas por el miedo pusieron manos a la obra, a los dos días tenía el vestido la infanta, que con lágrimas en los ojos se vio obligada a reconocer que su deseo había quedado satisfecho. Su madrina, que estaba en palacio, le dijo en voz baja:

—Pide un vestido más brillante que la luna, y no podrá dártelo.

Apenas hizo la demanda la princesa, el rey mandó llamar al que estaba encargado de los bordados de palacio y le dijo:

—Quiero dentro de cuatro días un vestido más brillante que la luna.

En el plazo señalado la infanta tuvo el vestido que eclipsaba el brillo de la luna. Al verlo la madrina murmuró al oído de su ahijada:

—Pide un vestido más brillante que el sol, y no podrá dártelo.

El rey mandó llamar a un rico diamantista y le dio la orden de hacer un vestido de brocado y piedras preciosas, amenazándole con mandarle cortar la cabeza si no lograba satisfacer sus deseos. Antes de terminar la semana la infanta tuvo el vestido, y al verlo fue grande su desesperación porque era más brillante que el astro del día. Entonces le dijo su madrina:

—Mientras posea el asno que constantemente llena su bolsa de escudos de oro, podrá satisfacer todos tus deseos. Pídele la piel del asno; como en tan rara bestia consisten sus principales recursos, no te lo dará.

Hizo la infanta lo que la Hada le aconsejaba y el rey mando sin vacilar matar el asno, despellejarlo y llevar la piel a la joven, que se quedó abatida pues ya no sabía qué pedir. La animó su madrina recordándole que nada hay que temer cuando se obra bien, y luego le dijo que sola y disfrazada huyera a algún lejano reino.

—Aquí tienes —añadió—, una caja donde pondremos todos tus vestidos, tus adornos, tu espejo, los diamantes y los rubíes. Te doy mi varita, y llevándola en la mano la caja te seguirá siempre oculta bajo tierra; cuando quieras abrirla, toca el suelo con la varita e inmediatamente aparecerá la caja. Para que nadie te conozca cúbrete con la piel del asno y nadie creerá que se oculte una hermosa princesa debajo de tan horroroso disfraz.

Siguió la princesa las indicaciones de su madrina y se alejó de los Estados de su padre. En cuanto el rey notó su ausencia envió mensajeros en su busca y todo lo revolvió, pero sin poder averiguar qué había sido de ella. La infanta, mientras tanto, continuaba su camino, pidiendo limosna a cuantos encontraba y deteniéndose en todas las casas para preguntar si necesitaban una criada; más tan horroroso era su aspecto que no hubo quien quisiera tomarla a su servicio. Y siguió andando, andando, y fue lejos, muy lejos; y por último llegó a una alquería¹⁰ cuyo dueño necesitaba una moza para fregar, barrer y limpiar la gamella¹¹ de los cerdos. Relegada a un rincón de la cocina, se burlaban de ella los criados, que procuraban contrariarla y molestarla, siendo blanco de sus groseras burlas.

Los domingos podía descansar, pues en cuanto había terminado sus quehaceres más indispensables, entraba en el tugurio que le habían destinado; y una vez cerrada la puerta, se quitaba la piel de asno, se peinaba, se adornaba con sus joyas, se ponía unas veces el vestido de luna otras el de sol o el de cielo, si bien el espacio era reducido para la holgada cola de tales trajes. Se miraba ante el espejo y era mucha su alegría al verse joven, blanca, sonrosada y más bella que las demás mujeres. Estos momentos de júbilo le daban aliento para sufrir todas las contrariedades de los otros días y esperar el próximo domingo.

¹⁰Granja o casa de labranza situada lejos de una población.

¹¹Cajón de madera que sirve para dar de comer y beber a los animales.

Olvidé decir que en la alquería donde había hallado colocación la infanta, tenía su corral un rey muy poderoso, y que allí se criaban las aves más raras y los animales más preciosos, que ocupaban diez grandes patios. El hijo del rey iba con frecuencia a la alquería al regresar de la caza, donde descansaba con sus acompañantes tomando algún refresco. El príncipe era muy arrogante y bello, y al verle Piel de Asno desde lejos, conoció por los latidos de su pecho que debajo de sus harapos aún latía el corazón de una princesa. Sin poder evitarlo se decía:

—Sus maneras son nobles, hermoso el rostro, simpático su aspecto. ¡Dichosa la mujer que logre merecer su amor! Si él me hubiese regalado un vestido, sería para mí más rico que el de sol y el de luna.

Un día se detuvo el príncipe en la alquería, y recorriendo los patios para examinar las aves y los animales, llegó delante del mísero aposento donde vivía Piel de Asno, y por casualidad se le ocurrió mirar por el ojo de la cerradura. Como era domingo vio a la moza vestida de oro y diamantes, más hermosa que el sol. El príncipe la contempló deslumbrado sin poder contener los latidos de su corazón, y por más que le admirara el vestido más le admiró su belleza. El blanco y sonrosado color de su tez, los arrogantes perfiles de su cara y su espléndida juventud, unido todo a cierto aire de grandeza realzada por la modestia, que era espejo del alma, enloquecieron de amor al príncipe.

Tres veces levantó el brazo para derribar la puerta, pero otras tantas le contuvo el temor de hallarse delante de una hada y se retiró a su palacio pensativo. Suspiró desde entonces noche y día, huyó de todas las diversiones, incluso la de la caza, y perdió el apetito. Preguntó quién era aquella admirable belleza que vivía en el fondo de un corral, al extremo de un espantoso callejón, en el que la oscuridad era completa en pleno día, y se le contestó que se la llamaba Piel de Asno, a causa de la piel que llevaba en el cuello; añadiendo que no había cómo mirarla para sentirse curado de amor, pues era más fea que la más horrible fiera.

Por más que le dijeron no quiso creerles, pues guardaba grabada en su corazón la imagen de la infanta. La reina, que no tenía otro hijo, lloraba sin cesar al verle languidecer. En vano le preguntó en qué consistía su enfermedad, pues el príncipe permaneció mudo, y lo único que pudo lograr fue que le dijera que deseaba comer una empanada hecha por

Piel de Asno. No supo la reina a quién se refería su hijo, y habiéndolo preguntado, le contestaron:

—¡Cielo santo! Piel de Asno es, señora, un negro topo más asqueroso que el más sucio cocinero.

—No importa —exclamó la reina—, puesto que el príncipe quiere una empanada hecha por ella, es necesario darle gusto.

La madre amaba extraordinariamente a su hijo, y si le hubiese pedido la Luna, hubiera procurado dársela.

Piel de Asno tomó harina, que había cernido para que fuese más fina, sal, manteca y huevos frescos, y se encerró en su habitación. Se limpió el rostro, las manos y los brazos; se puso un delantal de plata y dio comienzo a su tarea. Se cuenta que, mientras trabajaba, se le cayó del dedo, por casualidad o no, uno de sus anillos de gran precio, lo que parece indicar que sabía que el príncipe la había estado mirando por el agujero de la cerradura y que de ella estaba enamorado. Sea lo que fuere, el hijo del rey comió con mucho apetito la empanada, que halló exquisita, y por poco se traga el anillo. Afortunadamente se fijó en él y se admiró de la esmeralda, que era preciosa, y en especial el estrecho aro de oro, que marcaba la forma del dedo de su dueña.

Lleno de alegría guardó la sortija, de la que no volvió a separarse. Pero su mal fue en aumento, y consultados los médicos dijeron que estaba enfermo de amor. Resolvieron sus padres casarle, y el príncipe les contestó:

—Solo me casaré con la joven a cuyo dedo se ajuste este anillo.

Grande fue la sorpresa del rey y de la reina al oír tan extraña exigencia, pero como el estado del príncipe era muy grave, no se atrevieron a contrariarle e inmediatamente anunciaron que se casaría con el príncipe la joven, aunque no fuese de sangre real, cuyo dedo entrara en el anillo. Todas se dispusieron a hacer la prueba, y hubo charlatanes que prometieron adelgazar los dedos, proponiéndose ganar algunos escudos¹², como aquellos que no teniendo ningún oficio ni sabiendo cómo vivir de su trabajo, se meten a curanderos para convertir en comida la lana que trasquilan al prójimo; joven hubo que rascó su dedo con un cuchillo; otra consintió en que cortaran carne del suyo para adelgazarlo y no faltó

¹²Moneda antigua de oro o plata.

quien lo tuviera muchas horas comprimido ni tampoco quien lo sometiera al efecto de cierto líquido que se lo dejara despellejado.

Dio inicio la prueba, comenzando por las princesas, a las que siguieron las duquesas, marquesas, condesas y baronesas, siendo el anillo demasiado estrecho para cuantos dedos se presentaron. Comparecieron las demás jóvenes, más todos los ensayos resultaron inútiles. Llegó el turno a las criadas, pero el anillo se quedó sin colocación, y creyeron que el príncipe moriría de pena, pues sólo faltaba Piel de Asno y a ninguna persona sensata podía ocurrírsele que la moza estuviese destinada a ser reina.

—¿Por qué no? —exclamó el príncipe.

Todos sonrieron, pero el príncipe añadió:

—Entra, Piel de Asno, hágase la prueba.

Introducida la moza en presencia de la corte, sacó de debajo de la asquerosa piel una manecita de marfil ligeramente sonrosada; hicieron la prueba, y el anillo se ajustó a su dedo de tal manera que los cortesanos no acertaban a volver de su asombro. Le dijeron que debía presentarse ante el rey y le aconsejaron con la sonrisa de la mofa en los labios que se pusiera otro vestido menos sucio. Piel de Asno fue a cambiarse de vestido, y cuando volvió a comparecer ante la corte, las burlonas risas se trocaron en exclamaciones de admiración, porque nadie recordaba haber visto belleza semejante, realzada por unos ojos azules, rasgados y de mirada dulce, pero llena de majestad. Sus rubios cabellos recordaban los rayos del sol; su talle la esbeltez de la palmera; sus diamantes deslumbraban y su traje era tan rico que no admitía comparación. Todos aplaudieron, en particular las señoras, y el rey estaba loco de contento al ver a la novia de su hijo; y si loco estaba el rey, no sabemos qué decir de la reina y, en particular, del enamorado príncipe.

Inmediatamente se dieron las órdenes para que se celebrara la boda y el rey convidó a todos los monarcas vecinos, quienes abandonaron sus Estados, montados unos en grandes elefantes, otros caballeros en corceles con arneses de oro y plata, y algunos se embarcaron en naves que tenían velas de púrpura. Pero aunque todos los príncipes rivalizaron en lujo para evidenciar su poderío, ninguno igualó al padre de la joven desposada, que ya había recobrado la razón. Grande fue su sorpresa y mayor su alegría al encontrar a su hija, a quien abrazó llorando de júbilo; y tanto como su sorpresa fue el contento del príncipe al saber

quién era su novia. En aquel instante apareció la madrina, que contó todo lo ocurrido, y luego se celebraron las bodas y todos fueron dichosos.

Moraleja

*A veces a rudas penas
el hombre se halla sujeto,
mas todas puede vencerlas
si de ello hay firme deseo.
Los sufrimientos abaten,
mas con voluntad de hierro
también logran dominarse
los más crueles sufrimientos;
y si acaso en este mundo
no encontramos el consuelo,
seamos firmes en la lucha,
nunca jamás desmayemos,
que lo que niegue la tierra
lo hallaremos en el cielo.*

La bella durmiente del bosque

En otros tiempos había un rey y una reina, cuya tristeza porque no tenían hijos era tan grande que no puede ponderarse. Fueron a beber todas las aguas del mundo, hicieron votos, emprendieron peregrinaciones, pero no lograron ver sus deseos realizados, hasta que, por fin, quedó encinta la reina y dio a luz una hija. La esplendidez del bautizo no hay medio de describirla, y fueron madrinan de la princesita todas las hadas que pudieron hallar en el país, y siete fueron, con el propósito de que cada una de ellas le concediera un don, como era costumbre entre las hadas en aquel entonces; y por este medio tuvo la princesa todas las perfecciones imaginables.

Después de la ceremonia del bautismo, todos fueron a palacio, en donde se había dispuesto un gran festín para las hadas. Delante de cada una se puso un magnífico cubierto con un estuche de oro macizo, en el que había una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro fino, guarnecido de diamantes y rubíes.

En el momento de sentarse a la mesa, vieron entrar a una vieja hada que no había sido invitada, debido a que durante más de cincuenta años no había salido de una torre y se la creía muerta o encantada.

Mandó el rey que le pusieran un cubierto, pero no hubo modo de darle un estuche de oro macizo como a las otras, porque sólo se había ordenado construir siete para las siete hadas. Creyó la vieja que se le despreciaba y gruñó entre dientes algunas amenazas. Una de las hadas jóvenes que estaba a su lado la oyó, y temiendo que concediese algún don dañino a la princesita, en cuanto se levantaron de la mesa fue a esconderse detrás de un tapiz para ser la última en hablar y poder reparar hasta donde le fuera posible, el daño que hiciera la vieja.

Comenzaron las hadas a conceder sus dones a la recién nacida. La más joven dijo que sería la mujer más hermosa del mundo; la que le siguió añadió que sería buena como un ángel; gracias al don de la tercera, la princesita debía mostrar admirable gracia en cuanto hiciera; bailar bien, según el don de la cuarta; cantar como un ruiseñor, según el de la quinta, y tocar con extrema perfección todos los instrumentos, según el de la sexta. Llegó el

turno de la vieja hada, la que dijo, temblándole la cabeza más a impulsos del despecho que de la vejez, que la princesita se heriría la mano con un huso¹³ y moriría de la herida.

Este terrible don a todos estremeció y no hubo quien contuviera el llanto. Entonces fue cuando salió de detrás del tapiz la joven hada y pronunció en voz alta estas palabras:

—Tranquilos rey y reina; su hija no morirá de la herida. Verdad es que no tengo bastante poder para deshacer del todo lo que ha hecho mi compañera. La princesa se herirá la mano con un huso, pero, en vez de morir, sólo caerá en un tan profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales vendrá a despertarla el hijo de un rey.

Deseoso el monarca de evitar la desgracia anunciada por la vieja, mandó publicar acto continuo un edicto prohibiendo hilar con huso, así como guardarlos en las casas, bajo pena de la vida.

Transcurrieron quince o dieciséis años, y cierto día el rey y la reina fueron a una de sus posesiones de recreo; y sucedió que corriendo por el castillo la joven princesa, subió de cuarto en cuarto hasta lo alto de una torre y se encontró en un pequeño desván en donde había una vieja que estaba ocupada en hilar su rueca, pues no había oído hablar de la prohibición del rey de hilar con huso.

—¿Qué haces, buena mujer?, le preguntó la princesa.

—Estoy hilando, hermosa niña, le contestó la vieja, quien no conocía a la que la interrogaba.

—¡Qué curioso es lo que estás haciendo!, exclamó la princesa. ¿Cómo manejas esto? Dámelo, que quiero ver si sé hacer lo que tú.

Como era muy vivaracha, algo aturdida y, además, el decreto de las hadas así lo ordenaba, en cuanto hubo cogido el huso se hirió con él la mano y cayó sin sentido.

Muy espantada, la vieja comenzó a dar voces pidiendo socorro. De todas partes acudieron, rociaron con agua la cara de la princesa, le desabrocharon el vestido, le dieron golpes en las manos, le frotaron las sienes con agua de la reina de Hungría, pero nada era bastante para hacerla volver en sí.

Entonces el rey, que al ruido había subido al desván recordó la predicción de las hadas, y reflexionando que lo sucedido era inevitable, puesto que aquellas lo habían dicho, dispuso que la princesa fuera llevada a un hermoso cuarto del palacio y puesta en una

¹³Instrumento manual, generalmente de madera, que sirve para transformar una fibra textil en un hilo.

camacon adornos de oro y plata. Tan hermosa estaba que cualquiera al verla hubiera creído estar viendo un ángel, pues su desmayo no la había hecho perder el vivo color de su tez. Sonrosadas tenía las mejillas y sus labios asemejaban coral. Sólo tenía los ojos cerrados, pero se le oía respirar dulcemente, lo que demostraba que no estaba muerta.

Mandó el rey que la dejaran dormir tranquila hasta que sonara la hora de su despertar. La buena hada que le había salvado la vida condenándola a dormir cien años, estaba en el reino de Pamplina, que distaba de allí doce mil leguas, cuando le ocurrió el accidente a la princesa; pero bastó un momento para que de él tuviese aviso por un diminuto enano que calzaba botas, con las cuales a cada paso recorría siete leguas. Se puso inmediatamente en marcha la hada y al cabo de una hora la vieron llegar en un carro de fuego tirado por dragones. Fue el rey a ofrecerle la mano para que bajara del carro y la hada aprobó cuanto se había hecho; y como era en extremo previsora, le dijo que cuando la princesa despertara se encontraría muy apurada si se hallaba sola en el viejo castillo. He aquí lo que hizo.

Excepción hecha del rey y la reina, tocó con su varilla a todos los que se encontraban en el castillo, ayas¹⁴, damas de honor, camareras, gentileshombres, oficiales, mayordomos, cocineros, marmitones, recaderos, guardias, pajes y lacayos; también tocó los caballos que había en las cuadras y a los palafraneros, a los enormes mastines del corral y a la diminuta Tití, perrita de la princesa que estaba cerca de ella encima de la cama. Cuando a todos hubo tocado, se durmieron para no despertar hasta que lo hiciera su dueña, con lo cual estarían dispuestos a servirla cuando de sus servicios necesitara. También se durmieron los asadores que estaban en la lumbre llenos de perdices y de faisanes, e igualmente quedó dormido el fuego. Todo esto se hizo en un momento, pues las hadas necesitan poco tiempo para hacer las cosas.

Entonces el rey y la reina, después de haber besado a su hija sin que despertara, salieron del castillo y mandaron publicar un edicto prohibiendo que persona alguna, fuese cual fuere su condición, se acercara al edificio. No era necesaria la prohibición, pues en quince minutos brotaron y crecieron en número extraordinario árboles grandes, pequeños rosales silvestres y espinosos, de tal manera entrelazados que ningún hombre ni animal hubiera podido pasar; de manera que sólo se veía lo alto de las torres del castillo, y aun era

¹⁴Persona encargada de criar y educar a un niño.

necesario mirarle de muy lejos. Nadie dudó de que la Hada había echado mano de todo su poder para que la princesa, mientras durmiera, nada tuviese que temer de los curiosos.

Pasados los cien años, el hijo del monarca que reinaba entonces —debiendo añadir que la dinastía no era la de la princesa dormida—, fue a cazar a aquel lado del bosque y preguntó qué eran las torres que veía en medio del espeso ramaje. Cada uno le contestó según lo que había oído; unos le dijeron que aquello era un viejo castillo poblado de almas en pena y otros que todas las brujas de la comarca se reunían en él los sábados. Según la opinión más generalizada, moraba en él un ogro que se llevaba al castillo a todos los niños de que podía apoderarse para comerlos a su sabor y sin que fuera posible seguirle, puesto que sólo a él estaba reservado el privilegio de paso por entre la maleza.

No sabía a quién dar crédito el príncipe, cuando un viejo campesino habló y le dijo:

—Príncipe mío: hace más de cincuenta años oí contar a mi padre que en aquel castillo había la más bella princesa del mundo, que debía dormir cien años, estando reservado el despertarla al hijo de un rey, de quien debe ser esposa.

A estas palabras sintió el joven príncipe que la llama del amor brotaba en su corazón, y sin duda al instante creyó que daría fin a la aventura tan llena de encantos. Impulsado por el amor y el deseo de gloria, resolvió saber en el acto si era exacto lo que el campesino le había dicho, y apenas llegó al bosque cuando todos los añosos árboles, los rosales silvestres y los espinos se separaron para abrirle paso. Caminó hacia el castillo, que veía al extremo de una larga alameda, en la que penetró, quedando muy sorprendido al observar que los de su comitiva no habían podido seguirle porque los árboles volvieron a recobrar su posición natural y a cerrar el paso en cuanto hubo pasado. No por eso dejó de continuar su camino, pues un príncipe joven y enamorado siempre es valiente.

Penetró en un extremo del patio, y el espectáculo que a su vista se presentó era capaz de helar de miedo. El silencio era espantoso; se veía en todas partes la imagen de la muerte y la mirada tropezaba en cuerpos de hombres y animales que parecía estaban privados de vida; pero le bastó fijarse en la nariz de berenjena y en los encendidos carrillos de los suizos¹⁵ para comprender que sólo estaban dormidos; además, los vasos, en los que sólo se veían restos de vino, decían que se habían dormido bebiendo.

¹⁵Soldados de infantería.

Atravesó otro gran patio con pavimento de mármol; subió la escalera y entró en la sala de los guardias, que estaban formando hilera con el arcabuz¹⁶ al hombro y roncando ruidosamente. Cruzó varios aposentos llenos de gentiles hombres y de damas, de pie los unos, sentados los otros, pero todos durmiendo. Penetró en una cámara completamente dorada y vio en una cama, cuyos cortinajes estaban abiertos, el más hermoso espectáculo que a su mirada se había presentado: una princesa, que parecía tener quince o dieciséis años y cuya deslumbradora belleza tenía algo de luminosa y divina. Se aproximó a ella temblando y admirándola y se arrodilló al pie de la cama.

Como había sonado la hora en que debía tener fin el encantamiento, la princesa despertó; y mirándolo con tiernos ojos, le dijo:

—¿Eres tú, príncipe mío? ¡Cuánto me has hecho esperar!

Y llenaron de contento al príncipe tales palabras, y más aún la manera como fueron dichas. No sabía cómo corresponder a su alegría y agradecimiento y le aseguró que la amaba más que a sí mismo. Mal hilvanadas salieron las palabras de los labios de ambos, pero a esto se debió que fueran más atractivas, pues poca elocuencia es señal de mucho amor. La confusión del hijo del rey era mayor que la de la princesa, cosa que no ha de sorprender, pues ella había tenido tiempo de pensar en lo que le diría; pues se supone, aunque nada de ello indique historia, que la buena Hada le había procurado el placer de agradables sueños durante los cien años que estuvo dormida. Cuatro horas hablaron y no se dijeron la mitad de las cosas que querían decirse.

El encantamiento del palacio cesó al mismo tiempo que el de la princesa, y cada cual pensó en cumplir con sus deberes; pero como no todos estaban enamorados, su primera sensación fue la del hambre, que sensiblemente les agujijoneaba. La dama de honor, hambrienta como las demás, se impacientó y dijo a la princesa que la comida estaba servida. El príncipe la ayudó a levantarse. Estaba vestida con mucha magnificencia, pero no le dijo que su traza y tocado se parecían a los de su abuela y que la moda del cuello que llevaba había pasado hacía mucho tiempo; pero su vestido y adornos en nada disminuían su belleza.

¹⁶Arma antigua de fuego semejante al fusil.

Pasaron a un salón con espejos y en él cenaron servidos por los gentileshombres de la princesa. Los músicos tocaron con los violines y los oboes antiguas piezas, pero muy bonitas, por más que hiciera cien años que nadie las tocaba.

Después de haber cenado, los casó sin pérdida de tiempo el cura en la capilla del castillo.

Al día siguiente el príncipe volvió a la ciudad en donde su padre debía estar con cuidado por su ausencia. Le dijo que cazando se había perdido en el bosque y había pasado la noche en la choza de un carbonero que le había dado pan negro y queso para cenar. El rey su padre, que era muy bonachón, le creyó, pero no del todo su madre al ver que casi todos los días iba a cazar y que siempre tenía una excusa a mano cuando pasaba fuera dos o tres noches, y supuso que se trataba de amores. El príncipe vivió con la princesa más de dos años y tuvo de ella dos hijos; una niña llamada Aurora, y el segundo un niño, al que pusieron por nombre Día, pues aun parecía más hermoso que su hermana.

La reina hizo varias tentativas para que su hijo le revelara su secreto, pero el príncipe no se atrevió a confiárselo, porque si bien la amaba, le temía por proceder de raza de ogros, a pesar de lo cual el rey se había casado con ella porque su fortuna era grande. Además, se murmuraba en la corte, pero en voz muy baja, que tenía las inclinaciones de los ogros y que, al ver pasar a los niños, con mucha dificultad lograba contener el deseo de devorarlos. A esto se debió que el príncipe nada le dijera.

Pero al cabo de dos años murió el rey, y al subir su hijo al trono, declaró públicamente su matrimonio y fue con gran ceremonia a buscar a la reina, su esposa, a su castillo. La recepción que le hicieron en la ciudad cuando se presentó en medio de sus dos hijos, fue magnífica.

Algún tiempo después el príncipe fue a guerrear contra su vecino, el emperador Cantagallos. Confió la regencia a la reina madre y le recomendó mucho a su mujer y a sus hijos. Debía guerrear todo el verano; y en cuanto el príncipe estuvo fuera, la reina madre envió a su nuera y sus nietos a una casa de campo que había en el bosque para poder satisfacer con mayor libertad sus horribles apetitos. Algunos días después fue a la casa de campo y por la noche dijo a su mayordomo:

—Mañana quiero comerme a Aurora.

—¡Ah! señora...—exclamó el mayordomo.

—Lo quiero—contestó la reina con tono de ogra que desea devorar carne fresca—, y quiero comerla en salsa picante.

El pobre hombre comprendió que no había que andarse con bromas con la ogra; tomó un enorme cuchillo y subió al cuarto de la pequeña Aurora. Tenía entonces cuatro años, y al verle corrió hacia él saltando y riendo, le abrazó y le pidió un caramelo. El mayordomo se puso a llorar, se le escapó el cuchillo y bajó al corral, degolló un cordero y lo aderezó con una salsa tan rica que la reina le dijo que nunca había comido cosa mejor. Al mismo tiempo el mayordomo le llevó a su mujer a la pequeña Aurora para ocultarla en su casa, que estaba situada a un extremo del corral.

Ocho días después aquella mala reina dijo a su mayordomo:

—Para cenar quiero comerme a Día.

El mayordomo no replicó porque ya tenía formado el propósito de engañarla como la otra vez. Fue en busca del niño y lo encontró con un diminuto florete en la mano practicando esgrima con un mono, a pesar de que sólo tenía tres años. Se lo llevó a su mujer, que lo ocultó junto con Aurora, y el mayordomo sirvió a la reina madre un cabritillo muy tierno, que halló sabrosísimo.

Hasta entonces todo había marchado perfectamente pero una tarde aquella perversa ogra dijo al mayordomo:

—Quiero comerme a la reina aderezada en salsa picante, lo mismo que sus hijos.

El buen hombre quedó aplastado no sabiendo cómo engañarla. La joven reina tenía veinte años, sin contar los cien que había pasado durmiendo; el pobre funcionario desconfiaba de hallar en el corral una res cuyas carnes fueran semejantes a las de una princesa de tan extraña edad. El mayordomo, para salvar su vida, tomó la resolución de degollar a la reina y subió a su cuarto con la intención de realizar su propósito. Mientras subía se excitaba de la ira y entró puñal en mano. No quiso tomarla por sorpresa, y con mucho respeto le dijo cuál era la orden que le había dado la reina madre.

—Cumple tu deber—contestó ella tendiéndole el cuello; ejecuta la orden que te han dado y volveré a ver a mis hijos, a mis pobres hijos, a quienes amaba tanto.

Desde que se los habían quitado sin decirle nada, la reina los creía muertos.

—¡No, no, señora!—exclamó el pobre mayordomo muy conmovido; no morirá, pero no por eso dejará de ver a sus hijos, pues los verá en mi casa en donde los he ocultado; y de nuevo engañaré a la reina sirviéndole una corza¹⁷ en su lugar.

La llevó en el acto a su habitación y la dejó que abrazara a sus hijos y confundiera sus lágrimas con las suyas, mientras él se fue a guisar la corza, que la ogra se comió en la cena con el mismo apetito que si hubiese sido la reina. Estaba muy satisfecha de su crueldad y se disponía a decirle a su hijo, el rey, cuando regresara, que los lobos hambrientos se habían comido a su mujer y a sus hijos.

Cierta noche que, según costumbre, rondaba por los patios y corrales del castillo por si olfateaba carne fresca, oyó que su nieto lloraba porque su madre quería reprimirlo por haber hecho una maldad, y también oyó la vocecita de Aurora, que pedía perdón para su hermano. La ogra reconoció la voz de la reina y de sus dos hijos, y llena de ira por haber sido engañada, ordenó al amanecer del día siguiente, con acento tan espantoso que todo el mundo temblaba, que pusieran en medio del patio un enorme tonel que hizo llenar de sapos, víboras, culebras y serpientes para arrojar en él a la reina, sus hijos y al mayordomo, su mujer y su criada, mandando que los trajeran con las manos atadas a la espalda.

En el patio estaban los infelices, y los verdugos se disponían a echarlos en el tonel, cuando el rey, a quien no se esperaba tan pronto, entró de repente a caballo. Había corrido mucho y preguntó muy admirado qué significaba aquel horrible espectáculo. Nadie se atrevía a contestarle, cuando la ogra, furiosa al ver lo que pasaba, se arrojó de cabeza al tonel y en un instante fue devorada por los asquerosos reptiles que había mandado echar dentro. El rey no dejó de sentir pesadumbre, pues era su madre, pero pronto se consoló con tener a su hermosa mujer y a sus hijos.

Moraleja

Cosa por demás sabida

es que el esperar no agrada,

pero el que más se apresura

no es el que más trecho avanza,

que para hacer ciertas cosas

¹⁷Mamífero rumiante de la familia de los Cérvidos, algo mayor que la cabra.

se requiere tiempo y calma.

*Cierto que esperar un novio
cien años, espera es magna;
pero la historia, amiguitos,
es historia ya pasada.*

*Como el casarse es asunto
de muchísima importancia,
pues sólo la muerte rompe
los lazos que entonces se atan,
más vale esperar un año
y traer la dicha a casa,
que no anticiparse un día
y traerse la desgracia.*

Charles Perrault (1628-1703)

Escritor francés, ejerció la abogacía durante algún tiempo, pero a partir de 1683 se entregó plenamente a la literatura. Escribió el conocido poema “El siglo de Luis el Grande” (1687), pero ante todo Perrault es conocido por sus cuentos que recuperó de la tradición oral y publicó en el libro *Historias o cuentos del pasado* (1697), conocidos también como *Cuentos de mamá Oca*.

Llegó a ser miembro de la Academia Francesa pero su mayor fama la logró escribiendo y contando cuentos especialmente para los niños. Perrault nunca pudo imaginar que sus historias llegarían a perdurar a través de los siglos, puesto que hace más de trescientos años que este autor publicó sus *Cuentos de antaño*, en los que aparecieron “La bella durmiente del bosque”, “Caperucita roja”, “Riquete el del copete”, “El gato con botas”, “Cenicienta” y “Pulgarcito”.

Con su literatura infantil, Perrault ha cautivado y cultivado la imaginación de niños de muchísimas generaciones, hasta la actualidad.